

**RECENSIÓN DE: COLL, MAGDALENA (2010) EL HABLA DE LOS ESCLAVOS AFRICANOS Y SUS DESCENDIENTES EN MONTEVIDEO EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX: REPRESENTACIONES Y REALIDAD. ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS-EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL, MONTEVIDEO.**

**Juan Manuel Fustes**

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad de la República, Uruguay  
[juanmanuelfustes@gmail.com](mailto:juanmanuelfustes@gmail.com)

*“musotlo que tambien somo sijen de Dioso”.*

*(Francisco Acuña de Figueroa apud Coll, 2010: 56)*

En 2008, la Academia Nacional de Letras (Uruguay) convoca a un concurso bajo la consigna de reunir trabajos referentes a los contactos del español con lenguas africanas en el Río de la Plata. El trabajo de Magdalena Coll fue seleccionado en esa instancia y fue presentado con el título indicado en el llamado al concurso: “Contactos del español con lenguas africanas en el Río de la Plata. Enfoque histórico y lingüístico”. En abril de 2010, la Academia Nacional de Letras, a través de la Editorial Banda Oriental publica este trabajo ahora con el título “El habla de los esclavos africanos y sus descendientes en Montevideo en los siglos XVIII y XIX: representación y realidad”.

En la obra, su autora se plantea el desafío de luchar contra la pobreza de los datos, problema esencial en lingüística histórica, tratando de edificar una visión del tema con la mayor cabalidad posible. El gran escollo es

sucesivamente sorteado por la Dra. Coll, que termina dejándonos una descripción veraz y verosímil de las producciones lingüísticas de la población africana en el territorio actualmente uruguayo, sobre todo en los tiempos anteriores al gran impulso homogeneizador de fines del siglo XIX.

Luego de un primer capítulo dedicado a los escasos antecedentes a este trabajo, el capítulo 2 nos da un panorama general pero bien sustentado en los productos de la investigación histórica acerca de la esclavitud y la situación de los negros en la Banda Oriental y en el naciente Estado Oriental del Uruguay.

El capítulo 3 aborda la dificultad central del tema tratado: la multiplicidad de lenguas presentes en el mundo lingüístico de los esclavos africanos, la imprecisión en la información que poseemos sobre sus orígenes así como la imposibilidad de acceder al conocimiento de las variedades lingüísticas que formaban parte de sus repertorios. Además de la situación de partida, al leer ese capítulo nos quedan claras algunas particularidades y el desarrollo del cuadro lingüístico que conformó la población africana una vez afincada en territorio oriental.

Los siguientes capítulos (4 y 5) presentan el “núcleo duro” del trabajo, con la enumeración y jerarquización de las posibles fuentes para el estudio de las ocurrencias lingüísticas concretas de la población estudiada y un análisis lingüístico de las mismas. Nos deja, asimismo, una valiosa antología de textos que conforman un rico corpus y nos apunta una serie de obras literarias en las que podemos encontrar personajes de origen africano.

Este estudio recoge el estilo científico cultivado en el Instituto (antes Departamento) de Lingüística de la Universidad de la República (Uruguay)

desde los tiempos de E. Coseriu y J. P. Rona con la posterior conformación por A. Elizaincín de una línea de estudios de raíz coseriana pero a la vez fuertemente afectados por los nuevos elementos metodológicos y teóricos provistos por la sociolingüística laboviana y fishmaniana. Dentro de esa tradición, el trabajo de Coll hace también suya la gran misión asumida por la investigación lingüística uruguaya en la línea que mencionábamos, que implica un cierto énfasis sobre el plurilingüismo constitutivo del Uruguay para desenmascarar los mitos que tradicionalmente deformaron la visión de la realidad lingüística del país.

Esos mitos que conforman el imaginario del país fueron los mismos que impidieron el desarrollo de los estudios históricos sobre la esclavitud y la población negra del Uruguay, uno de los primeros problemas relevados por Coll (Coll, 2010: 17), de modo que a la escasez de datos históricos se agrega que “es aún más escasa la información sobre qué lenguas hablaban estas poblaciones, cómo aprendieron el español, cómo lo hablaban, etc.” (Coll, 2010: 17).

La autora realiza una descripción por extensión de los orígenes de los esclavos, además de su ubicación geográfica en todo el país (Coll, 2010: 20-21), con lo que trata de dejar visibles los rangos de proveniencia y de asentamiento para hacer lo más posible exhaustivo su trabajo en este sentido. Una vez establecido este rango, avizora la posibilidad de considerar el bilingüismo de los africanos partiendo de la hipótesis de un planteo en términos de lenguas africanas / español. El variado origen, impedimento para pensar en algún tipo de homogeneidad, es un obstáculo inicial sorteado por Coll a través del trabajo sobre los productos lingüísticos, diremos, “tendientes al español”.

No es esta tanto una estrategia para vencer una dificultad sino más bien la única alternativa posible si pensamos que los únicos documentos que nos quedan de aquel tiempo están producidos en el marco de la escritura en español.

Si se parte de los testimonios actuales y se observa la pervivencia de las variedades lingüísticas africanas en la actualidad, se constata la pérdida de éstas en favor del español. Este planteo de irrefutable evidencia le permite a Magdalena Coll apoyarse en la perspectiva teórica de la pérdida de lengua, es decir, el bilingüismo que va mutando recesivamente desde la crisis lingüística de la primera generación hasta la pérdida en las generaciones siguientes. El período siglo XVIII – fines del siglo XIX coincide con la duración de las variedades africanas en el territorio oriental en función de dos hechos: la existencia de los africanos nativos y el “parteaguas” que significó el gran impulso homogeneizador lingüístico (y no sólo) del Uruguay de fines del siglo XIX, conocido corrientemente con el nombre de Reforma Vareliana.

Coll subraya factores, dentro de los accesibles a través de los relatos históricos, que fueron dando forma a ese bilingüismo caracterizado por la retracción cada vez mayor de las variedades maternas de los africanos (lo que ella nombra como “proceso de pérdida de las lenguas”): 1) la escasa o nula unidad e identificación como grupo, por las diferentes proveniencias de los africanos; 2) la interacción espacial poco desarrollada entre ellos pero sí muy cercana, en los lugares donde habitaban, con los europeos o criollos, lo que implicó el acceso a formas de instrucción típicamente de esa cultura, y sobre todo vehiculizadas en la lengua europea presente en el lugar: el español.

No está soslayada, sin embargo, la mención a los espacios en que los negros podían preservar sus lenguas, es decir, la fuerza que contrarrestó la pérdida y permitió el mantenimiento de las manifestaciones lingüístico-culturales originarias, por ejemplo, a través de las llamadas “Salas de Nación” (Coll, 2010: 30).

A partir de esas evidencias, es trazada una sucesión de generaciones en relación con la calidad del bilingüismo que las caracterizó: una primera generación de hablantes de lenguas africanas que tenían al español como L2 seguida por una segunda generación nacida en América para la que el español era la L1 pero que estaba notoriamente afectada por la variedad predominante en la generación precedente.

Con todo este cuadro, Coll ofrece elementos para datar la extinción de las lenguas africanas en Uruguay, hecho que se daría en forma definitiva con la muerte de los últimos hijos de hablantes nativos, que se podría ubicar en la primera mitad del siglo XX.

Coll reconoce que sería un planteo simplista declarar tajantemente que el bilingüismo vivido por los africanos se daba en el juego entre sus lenguas nativas y el español exclusivamente, puesto que no sólo esta lengua era efectivamente hablada en el territorio actualmente uruguayo. De esta manera, dedica sendos apartados al portugués y a las lenguas indígenas, de cuya interacción con las lenguas africanas la investigadora encontró testimonios (Coll, 2010: 30-32).

El cuarto capítulo de este trabajo pretende dar un marco metodológica y teóricamente sustentado para dar cabida al corpus que logró conformar. Para

ello, enfrenta uno de los problemas destacados de la lingüística histórica: las fuentes. Era necesaria una toma de partido sesuda en este tema, sobre todo si tenemos en cuenta la vigencia de esta discusión en la lingüística histórica contemporánea. Coll no elude esta cuestión y establece una jerarquización de los materiales disponibles. Así, con un criterio sociolingüístico muy consensuable selecciona como fuentes primarias a todas aquellas que constituyen una transcripción directa (y lo más posible fiel) de actos lingüísticos concretos de personas reales, ejemplo que se encuentra en su mejor forma en las declaraciones transcritas en las causas judiciales. Además de éstas, se pueden contar otras reproducciones de actos lingüísticos reales relevadas en otros manuscritos, documentos y publicaciones periódicas. Como fuentes de segundo orden, Coll se encomienda a los reportes de viajeros, visitantes y cronistas que hacen referencia al habla de los africanos. En tercer lugar, pero de mucha importancia para la constitución del corpus, se encuentran las representaciones literarias en prosa o en verso (significativo es el número de coplas populares recogidas, por ejemplo).

A la hora de presentarnos el corpus conformado por 56 documentos (en la sección denominada “Antología de textos”; Coll, 2010: 51-103), la lingüista presenta una subdivisión regida por el grado de acercamiento a uno u otro extremo del continuum lenguas africanas / español. Así, constituye un grupo I, que contiene textos con un fuerte influjo de lo africano, en lo que se podría llamar una “categoría prototípicamente *boza*” (Coll, 2010: 53), término con el cual era común referirse a un habla notoriamente alejada del español en boca de los negros. El segundo grupo está compuesto por documentos que, escritos en español, manifiestan “tímida pero claramente el contacto con lenguas

africanas” (Coll, 2010: 53). Quedan en el grupo III, los textos sin el carácter literario de los anteriores, más bien atribuibles a la crónica costumbrista y que recogen muchas veces transcripciones del habla de esclavos o de sus descendientes.

Además de la extrema riqueza de los testimonios aportados por los documentos en cuanto a los fenómenos culturales pertenecientes al mundo de la población de origen africano residente en el Uruguay, los textos contienen una serie de riquísimas ocurrencias lingüísticas que se prestan a un análisis pormenorizado. Esa tarea es emprendida por la Dra. Coll con gran pericia y claridad metodológica y expositiva. Su análisis recorre, entonces, con exhaustividad los distintos niveles lingüísticos clásicamente considerados en los estudios. Contamos, gracias a esta sección, con una descripción de los rasgos lingüísticos característicos del habla de los africanos y afrodescendientes de la(s) primera(s) generación(es), por primera vez elaborada con sustento científico para el Uruguay.

Podemos destacar, entre los hallazgos de Coll, los siguientes fenómenos:

a) para el nivel fonético-fonológico, neutralización o confusión, así como elisión de /l/ y /r/ (“musotlo” como “nosotros”; Coll, 2010: 106); nasalización intrusiva (“ninglitos” como “negritos”; Coll, 2010: 112), presencia de vocales paragógicas (“felesca” como “fresca”; Coll, 2010: 113), entre otros, en ninguno de los cuales halla especiales rasgos que caractericen la variedad afrouruguaya respecto a las otras afroiberoamericanas;

b) en el nivel morfosintáctico, oscilaciones en los usos de género y número o marcas originales de la variedad de contacto (como -n en “lan baliga” o s- en “lo solisonte”; Coll, 2010: 115-116 y 118); usos de artículos y preposiciones, entre otros rasgos, en los que globalmente encuentra ciertas divergencias con los textos bozales del Caribe;

c) en el nivel léxico, hace un relevamiento que permite una confrontación con otros realizados anteriormente para este nivel y dedica luego una atención detallada sólo a un campo semántico (dada la extensión que podría tener un trabajo completo del área léxica): los términos que aluden a los esclavos negros y sus descendientes. Allí estudia ítems léxicos como “malungo”, “musinga” (también “muyinga”, “munyinga” o “mushinga”) y “yimbo” (Coll, 2010: 124-132).

Toda esta presentación no se reduce en esta obra a un simple relevamiento mostrado en forma de lista o nomenclátor, sino que está acompañada de muchas consideraciones que relacionan las ocurrencias halladas con rasgos culturales, con las variedades lingüísticas del entorno (por ejemplo la consideración del español no estándar popular del que también esos textos son testimonio), y más elementos que colocan a este trabajo como ajeno a cualquier ingenuidad posible y lejano a cualquier tendencia hiperinterpretadora carente de fundamentos.

De esta manera, Magdalena Coll nos deja un trabajo sólido que sirve como imprescindible antecedente para el campo de los estudios lingüísticos acerca del componente africano en el Uruguay, un campo que ella misma define y acota, gracias a lo cual se hace ahora más fácil para los investigadores



proponer una prospectiva. Nos queda también encendido el deseo de encontrarnos con más indagaciones en este campo totalmente integrado a la historia lingüística del Uruguay: “Se trata de una situación de lenguas en contacto que ofrece una riqueza muy particular para los estudios de corte histórico, dado que en ella conviven lenguas de variado origen, con diverso estatus sociolingüístico y diferentes destinos en estas tierras. La historia de este entramado sociolingüístico histórico apenas comienza a trazarse” (Coll, 2010: 136).